

Los gritos de *Silencio*

————• Por Juan Orellana •————

Reflexión cinematográfica en torno a la película *Silencio* con motivo de la polémica suscitada



La película Silencio (Silence, 2016), la más reciente obra de Martin Scorsese, cuyo estreno para la curia jesuita en Roma en noviembre de 2016 se convirtiera en un gran acontecimiento en la Santa Sede, comenzó su exhibición en salas comerciales en Estados Unidos el 23 de diciembre y en España el pasado 5 de enero. La película ha causado gran revuelo en los medios, como es usual con las cintas de este gran director. Silencio, por su tema y por la trascendencia de los asuntos que aborda, ha tenido particular repercusión en los medios católicos, en los que se ha desatado una gran controversia. En ella han participado críticos de cine, teólogos, columnistas de opinión, obispos y de cuanto hay, incluidos, como pasa a menudo, no pocos que se han atrevido a opinar sin haber visto la película.

Una conocida agencia católica de noticias, sin quedarse atrás, publicó una crítica a la película escrita por una teóloga estadounidense que tal vez sabrá mucho de teología, pero obviamente de cine no sabe, y le puso un título cuando menos temerario: «El más completo análisis del filme “Silence” de Martin Scorsese». Pretender que un artículo de tres páginas pueda abarcar el más completo análisis posible de cualquier asunto, por trivial que sea, es absurdo. Tanto más cuando se trata de una película compleja y difícil, una obra cinematográfica de alto vuelo debida a uno de los más reconocidos y admirados cineastas del mundo.

Dado que más de un medio católico se ha hecho eco del artículo de marras, Espacio Laical ha querido aportar un poco de cordura al debate, con esta sobria y documentada reflexión sobre la película que ha escrito uno de los más autorizados críticos católicos de cine del momento, Juan Orellana, quien es director del Departamento de Cine de la Comisión Episcopal de Medios de la Conferencia Episcopal Española.

Estas anotaciones solo pretenden ofrecer algunas reflexiones y claves que puedan ayudar a clarificar criterios de quienes lo deseen. Obviamente no expresan una posición oficial del Departamento de Cine de la Comisión Episcopal de Medios, ni de la revista *Pantalla 90*, posición que no existe ni puede existir ante

una obra de arte, necesariamente abierta y necesariamente ambigua. Pero sí aspira a ofrecer una cierta objetividad que tenga en cuenta el mayor número de factores posible, factores que a menudo se han abordado de forma aislada o parcial. Se advierte que inevitablemente el texto está lleno de *spoilers*.

Hacía bastante tiempo que una película no suscitaba un terremoto en el ámbito católico como el que ha provocado la última obra de Scorsese. Se ha generado una cantidad ingente de artículos, con infinidad de análisis diversos, que van desde la ponderación más entusiasta, hasta la descalificación más agresiva. Por citar simplemente algunos ejemplos, escogidos casi al azar, encontramos el artículo de John Horvart, en el que afirma que la película «es una trágica negación de la gracia de Dios» o el de Estanislao Martín, que afirma que el contenido del film es «malo, mejor dicho maléfico, porque hace daño». En el otro extremo está por ejemplo, Juan Manuel de Prada, que escribió en *L'Osservatore Romano*: «*Silencio* es el elocuente film de un grandísimo artista y de un católico que, como Flannery O'Connor, no duda en adentrarse en territorio enemigo para medirse con los demonios que atacan la fe a mordiscos». Entre los extremos hay muchas posiciones, más o menos cercanas a uno de los polos. Es el caso de Alfonso Carrascosa que afirma que la película es «un canto a la apostasía». Más arrimada a una lectura positiva es la de Bernardo Cervellera, publicado en *Asia News*, donde escribe que «la película no es una apología a la abjuración. Tiene el coraje de hacer emerger las cuestiones religiosas sobre Dios, el sufrimiento, su silencio en una época de indiferencia. Y propone la contemporaneidad del martirio. Pero carece de la alegría católica atestiguada por los Santos japoneses y todos los mártires de la Iglesia». Por su parte, desde el entorno de la Compañía de Jesús, además de un *dossier* de tipo histórico, han publicado diversos artículos laudatorios, como el que ha lanzado la *Provincia de España*, en el que se lee: «*Silencio* es una historia que no da respuestas, sino que suscita infinidad de preguntas». Al margen de la prensa digital,

el Obispo de San Sebastián ha realizado unas declaraciones en las que interpreta muy negativamente el film, y por su parte el sacerdote José Luis Almarza ha hecho circular un video en el que hace una defensa a ultranza del mismo.

Esta dispersión de interpretaciones es indudablemente lícita, pero no debe dar la impresión de que analizar un film es un ejercicio de arbitrariedad sometido a un total relativismo. De hecho, casi todos los autores citados basan sus afirmaciones en argumentaciones afinadas. En todo caso, es necesario reclamar la atención sobre algunos puntos básicos.

1. Hay una objetividad artística que es necesario respetar. Por eso, no pueden tomarse en serio algunos artículos contra la película firmados por quienes declaran abiertamente no haberla visto, que no es el caso de los autores citados.
2. Tampoco se deben psicoanalizar libremente las intenciones del director, interpretando su inconsciente, y reflexionando a partir de supuestos traumas o conflictos interiores del autor. Es necesario partir de la obra artística objetiva, de lo que hay —o no hay— en ella, y fundamentar desde ahí cualquier argumentación.
3. Otra cuestión relevante en este caso es la fidelidad de la película a la novela que adapta su guion. Muchos reproches o alabanzas que se le hacen a Scorsese deben dirigirse en primer término a Shusaku Endo, ya que Scorsese plasma con bastante exactitud el contenido de la novela, aunque en algunas cosas la mejora.
4. Por otra parte, no se puede perder de vista que no estamos ante una película con vocación catequética o evangelizadora. *Silencio* no pretende ser un film que exponga ante el mundo la verdad de la fe, ni aspira a representar a los católicos en el mundo del cine, ni a ilustrar la vida de la Iglesia con intención pastoral. Sencillamente, cuando Scorsese leyó la obra, según dice él, le impresionaron los conflictos morales y religiosos que allí se planteaban, así como el tratamiento de la Gracia y de la debilidad humana, y quiso adaptarla cinematográficamente.
5. Por la misma razón, no estamos ante lo que comúnmente se conoce como una película histórica. A Martin Scorsese no le interesaba contar la historia de los mártires del Japón, sino los citados conflictos humanos expuestos en una novela de ficción inspirada libremente en unos sucesos de los que no hay profusa información. Por ello no se le puede reprochar falta de historicidad; su interés no está en los hechos que sucedieron, sino en el relato de Endo y en los problemas que plantea.



Vamos ahora a detener la mirada en algunos de los temas que se ventilan en las polémicas sobre el film, tratando de exponer lo que se ve y se oye en el film al respecto.

» *El martirio*

La película ¿elogia o descalifica el martirio? La secuencia inicial del film es un impactante homenaje a tantos religiosos que sufrieron tortura y martirio por su fe. Un poco más adelante se nos muestra el martirio en cruz de los que se niegan a escupir al crucifijo. Incluso vemos en *flashback* cómo toda la familia de Kichijiro murió mártir por no apostatar. Testigo de ello es el padre Ferreira que escribe cómo aquellos testimonios eran motivo de esperanza para los sacerdotes. A lo largo de toda la película vamos a ver diversos martirios, realmente heroicos, de fieles cristianos que no renuncian a su fe. No se puede afirmar, sin censurar gran parte de la obra, que *Silencio* es un film sobre la apostasía que ignora la realidad de tantos mártires que dieron su vida por Cristo. Por otra parte, en la exposición fílmica no hay atisbo de menosprecio de dichas muertes, que conmueven a los jesuitas que las ven, y extradiegéticamente, a los espectadores que las contemplan.

» *Los cristianos perseguidos*

Se ha dicho en diversas críticas que los japoneses cristianos que aparecen en el film son tristes y taciturnos. Aunque hay breves instantes que desmienten momentáneamente esa impresión, en términos generales se puede decir que es verdad. Esta tristeza no es ni casual, ni fruto de un inconsciente rencoroso del director. El mismo protagonista da cuenta de ello cuando afirma que sus rostros no son capaces de expresar el amor que viven, como consecuencia de tantos años de disimulo y secreto. Pero ese no es el único trazo que se ve en el retrato de aquellos conversos. En el primer encuentro de los dos jesuitas con la comunidad cristiana perseguida, se pone de manifiesto que se trata de una comunidad que vive de la fe, que comparten la oración, y que sufren con dolor la carencia de sacerdotes que administren los sacramentos. En ese sentido experimentan con gozo la llegada de los jesuitas a su comunidad. Cuando grupos de cristianos son hechos prisioneros siguen rezando juntos, cantando, confesándose, apoyándose en la fe. Hay muchos momentos de elogio del sacerdocio y de los sacramentos. Los jesuitas se pasan las noches confesando a los cristianos, celebrando la eucaristía y bautizando. En algunos artículos se comenta la escasa asimilación del corpus de la fe por parte de muchos campesinos conversos. Ese tema no está muy desarrollado en el film, aunque sí se apunta en alguna ocasión la percepción torpe o equivocada de algunas verdades de la fe por parte de algunos de ellos. Esto es habitual, incluso hoy, en muchos territorios de misión, donde algunas personas se adhieren a la fe por motivos espurios, que deberán ser depurados en el tiempo.

» *La apostasía*

El padre Rodrigues es sometido a un plan estudiadísimo de tortura psicológica por parte del inquisidor. Una tortura realmente maquiavélica y dilatadísima en el tiempo. Consiste en dosificar chantajes morales extremos, en los que él va viendo cómo sufren y mueren buenos cristianos solo por la negativa de Rodrigues a renunciar a su fe. Pero lo más diabólico de todo es la explicación que le dan: «No tienes por qué renunciar a tu fe. Es un gesto meramente formal. Basta con que poses suavemente tu pie en el retrato». Este mensaje repetido, combinado con las brutalidades que le hacen ver al jesuita, es una estrategia realmente perversa, pues introduce una duda razonable sobre la decisión que tomar. Los torturadores le van haciendo pensar que la decisión de no pisar el cuadro, planteado como un acto formal y externo, es una cuestión de soberbia, y que además cuesta la vida a mucha gente. Es admirable el tiempo que Rodrigues aguanta esta presión, fiel a su fe, pero inevi-

tablemente cada vez con más dudas y oscuridad sobre lo que hacer. Hasta experimentar el silencio de Dios. La puntilla, por parte del inquisidor, es el encuentro meticulosamente preparado con Ferreira, que vivió exactamente las mismas tribulaciones que él, y que finalmente, al no soportar más sufrimientos, apostató. Una vez apóstata, para sobrevivir psicológicamente, buscó una justificación intelectual pobre, muy levistraussiana, y que Rodrigues le reprocha, aunque finalmente él mismo la acabará asumiendo. Pero Ferreira se ha vuelto un hombre triste, que en algunos momentos quiebra su discurso y vuelve a hablar como cristiano. Por otro lado, la voz que Rodrigues oye en el momento de apostatar ¿es de Dios o del Demonio? Lo ignoramos, solo sabemos que Rodrigues cree oír la voz de Cristo que le consuela y le dice: «Todo está bien [...] Entiendo tu dolor [...] Pisa». Es la voz que necesita oír para dar ese paso sin romperse interiormente en dos. Pero nada más pisar la baldosa, el rostro de Cristo del Greco se disuelve en un fundido en negro. Lo que deja claro esa voz es que Rodrigues sigue sintiendo la misericordia de Cristo en el momento de su apostasía, mientras el asistente del inquisidor le recuerda que se trata de una mera formalidad. La vida de Rodrigues tras su apostasía se vuelve mezquina y triste, trabajando para el inquisidor en la delación de cristianos. En resumen, la apostasía en este film no es una propuesta, es un fracaso trágico, diabólicamente inducido por un hombre frío e inmoral, como es el inquisidor. La apostasía se presenta como la salida, *in extremis*, de una situación moral y psicológica trágica e insostenible.

» *La gracia*

Se reprocha al film que la gracia no salga al encuentro de los jesuitas. La gracia, por su propia definición, es un don imprevisto, inmerecido, absolutamente gratuito. No es un derecho, ni un suceso automático. Y además toma una forma que no tiene por qué ser la que se espera o considera conveniente. Rodrigues ¿ha sido desasistido por la gracia? ¿O más bien no la ha sabido reconocer? Scorsese no lo sabe ni se atreve a decirlo, aunque hay un momento en que el jesuita, después de apostatar, habla con Dios, y este le dice: «Nunca he estado en silencio». En cualquier caso, ¿qué es lo que hace dudar al Padre Rodrigues en su primera larga oración? El aparente silencio de Dios ante el mal y el sufrimiento de los inocentes es, por otra parte, una clásica pregunta de la teodicea.

» *La clave del film*

El propio Scorsese, en la entrevista ofrecida por *La civilta católica*, señala la clave del film en el personaje de Kichijiro. Un hombre que peca y cae continuamente,

y que no cesa de buscar el perdón en el sacramento de la penitencia. Incluso después de que Rodrigues haya apostatado, Kichijiro, que nunca duda de la condición sacerdotal del jesuita, le suplica la absolución. Kichijiro es la encarnación del binomio pecado-gracia, debilidad-misericordia, y es como el leitmotiv que atraviesa toda la película. El plano final del film, interpretado de muy diversas maneras, indica sin embargo al menos un hecho objetivo: la esposa del apóstata Rodrigues reconoce que su marido solo ha tenido un amor, aunque mantenido vergonzosamente en secreto, Cristo.

» **Conclusión**

Dejando abiertas muchas posibilidades de interpretación, creemos que no se puede afirmar que el film

sea un atentado contra los creyentes, ni que sea dañino para la fe. Tampoco es un canto a la fe. Ciertamente es una película que plantea problemas, muy dramáticos, y que no se preocupa de contestar satisfactoriamente las preguntas que provoca. *Silencio* se enmarca intelectualmente en el siglo xx, probablemente por la formación de Scorsese y de Endo, en lo que se refiere a una aproximación casi trágica a la fe. Pero la salida que propone está muy sintonizada con los acentos de los papas del siglo xxi, esto es, con la Misericordia del Padre como última palabra de la historia.

Publicado el 14 de febrero de 2017 en Pantalla 90, revista digital del Departamento de Cine de la Comisión Episcopal de Medios de la Conferencia Episcopal Española.

